

CAPÍTULO I

Se había desplazado desde Agde hasta Perpiñán en autocar, después había tomado el pequeño tren amarillo que cruza los Pirineos Orientales. El trenecito era utilizado casi exclusivamente por excursionistas equipados con mochilas abultadas que recordaban los antiguos atillos de los viajeros de antaño, de la época en que fue inaugurado el tren, en 1910. Ella era la única pasajera con vestimenta y equipaje convencional: una maleta de color rojo, provista de ruedas y tirador extraíble. Antes de subir al tren había comprado un periódico español. Venía en portada una de las dos torres gemelas que levantaban en la Villa Olímpica de Barcelona, la que en su día sería un hotel; la foto era muy buena, daba la impresión de que el humo dividía el edificio, todavía en construcción, en dos mitades. “Un incendio sin consecuencias”, decía el titular. Se alegró. Se sentía muy implicada en las próximas olimpiadas que se celebrarían en la ciudad y tenía buenas razones para ello, la primera porque ella misma había sido deportista y la segunda porque, aunque de forma indirecta, gracias a las Olimpiadas, había conocido a Raúl.

En cuanto se instaló en el incómodo asiento pensó que nadie en su sano juicio hubiera escogido este medio de transporte para ir a Barcelona. Hubiera podido llegar en solo tres horas tomando la autopista. En todo caso, había optado por lo que realmente necesitaba: emprender el camino más largo posible con el fin de disponer de tiempo para ordenar sus pensamientos; para ello, quizá cediendo a un ataque de sensibilidad exagerada, se había procurado el marco más adecuado: una naturaleza exuberante.

El trenecito no tenía ninguna prisa y se detenía en incontables estaciones. Algunas eran simplemente el inicio de travesías pirenaicas y otras correspondían a pequeños pueblos antiguos y casi desiertos. El paisaje era imponente. El trazado ferroviario discurría entre montañas cuyas cumbres quedaban fuera de la visión de cualquier pasajero que no sacará medio cuerpo fuera de la ventanilla. Breves túneles se sucedían con relativa frecuencia y dejaban a Magda en la más completa oscuridad. Así se encontraba también ella, con sentimientos intermitentes: tan pronto estaba ilusionada por volver a ver a Raúl como se sentía completamente abatida. La última vez que estuvieron juntos se abrió entre ellos una grieta. ¿Cómo era de profunda esa grieta?, ésa era la pregunta que aún se hacía después de dos meses largos de separación y todavía no era capaz de responderse si se habría cerrado con la fuerza de la añoranza, o se habría agrandado hasta hacerse insalvable.

Durante este tiempo había intentado tomárselo con calma, no pensar demasiado, aunque la verdad era que esta postura paciente no le había reportado el más pequeño beneficio. No había conseguido ninguna iluminación especial, ninguna fuerza que la sacara del atolladero con dignidad y aún ahora, cuando ya faltaba poco para volver a verle, estaba igual que el primer día, igual de desorientada, igual de insegura.

Hizo cálculos: el avión de Raúl llegaría hacia las doce de la mañana a Madrid, luego el vuelo hasta Barcelona. Tenía unas cuantas horas por delante, eso sin contar con su estado de ánimo que podría alargar un poco más el tiempo. Raúl era variable en este aspecto, unas veces llegaba eufórico y mantenía una actividad normal y lúcida, y, otras veces, llegaba soñando con una cama en la que deshacer todo el cansancio, había que contar con esa incógnita, pero ella ya estaba acostumbrada.

Sin embargo, una decisión tan importante no debía dejarla en manos de la improvisación, ni de la presión del tiempo aunque, si quería ser sincera, tenía la convicción de que sucedería así, que en el último momento, sin haber llegado a ninguna conclusión que la convenciera, tomaría

una de las dos posturas posibles: o pedirle disculpas por su última conversación, decirle que la borrara de su mente, como si nunca hubiera tenido lugar o bien se reiteraría en su petición, le pondría de nuevo entre la espada y la pared: o su mujer, o ella.

¿Y si luego se arrepentía?, cualquiera de las dos disyuntivas la conducían a caminos cerrados y temía equivocarse.

Estaba harta de darle vueltas, de intentar ver el problema desde distintos ángulos y esta vez trató de enfocarlo desde una perspectiva más filosófica: ¿acaso era ella la única que podía equivocarse? No, todo el mundo se equivoca. Aunque últimamente pensaba que no era exactamente así, que se admitía con excesiva facilidad ser el culpable de una mala decisión, cuando lo que ocurre es que el tiempo y las circunstancias, en el futuro, dictaminan si la decisión fue acertada o no, y ahí está la trampa, porque para el ser humano el futuro es como doblar una esquina en una ciudad desconocida. Este pensamiento la tranquilizó un rato, aunque enseguida temió que el planteamiento o el mismo razonamiento fueran incorrectos. Echó de menos a su padre, le hubiera gustado poder discutirlo con él. Siempre le insistía en la importancia de razonar partiendo de un sólido planteamiento del problema, decía, como buen biólogo molecular que había sido, un pionero, formado en Estados Unidos, que no encontró trabajo en su país, tan atrasado, ni siquiera en su ciudad, Barcelona, que tantas ínfulas de progreso se daba y tuvo que emigrar a Francia para poder ganarse la vida en aquella disciplina que, pasado el tiempo, sería tan importante.

El traqueteo del tren era considerable, llegaría con los riñones destrozados. La malla que soportaba su maleta y alguna que otra mochila cada vez estaba más curvada. Esperaba no haberse dejado nada que le fuera necesario para el tiempo que pasaría con Raúl. Tampoco era tan difícil hacer el equipaje para esas ocasiones, bastaba con meter en la maleta todo lo que nunca se ponía en Agde, ni en público ni en privado. Realmente era otra persona cuando estaba con él, pensó Magda. Ella era una mujer alta, atlética, formada en la actividad deportiva desde muy pequeña y jamás había utilizado los elementos de coquetería femenina al uso para seducir a ningún hombre hasta que conoció a Raúl. Este hecho también contribuía a su desorientación. La disociación que sufría era tan evidente que el mismo Raúl se lo hizo notar la primera vez que fue a Agde y la vio vistiendo el uniforme de policía. “Casi no puedo reconocerte ¿de verdad eres tú?”, le dijo, aunque luego, ya más familiarizado, solía decirle que le daba morbo verla vestida con aquella sobriedad: sin maquillaje, sin escotes, sin abalorios, sin tacones y ocultando su melena bajo la gorra... ¡Ah! y con las gafas puestas. Por primera vez en su vida, se había dejado crecer el pelo porque a él le gustaba, por cierto, pronto tendría que cortárselo porque ya tenía problemas con la gorra... Se daba perfecta cuenta que lo iba retrasando, pero la verdad era que temía perder encanto delante de él. ¿Sus deseos se habían convertido en órdenes para ella? ¿Se habría convertido por influencia suya en un monstruo de dos cabezas? Durante los dos años que llevaban juntos no había tenido esa sensación, incluso le parecía divertido ese cambio de imagen. A veces pensaba que convertirse en una mujer físicamente atractiva era como una asignatura pendiente en su vida y que ahora se materializaba sin más importancia, pero otras veces, no podía evitar preguntarse si no deseaba agrardarle a cualquier precio, aún a costa de dejar de ser ella misma.

Cuando entraron en la zona de Mont-Louis el paisaje se fue dulcificando, ni las montañas eran tan altas, ni los valles tan profundos. Las planicies verdes salpicadas de flores espontáneas eran frecuentes. Después de una curva pronunciada un negrísimo nubarrón apareció en la siguiente página del paisaje y mientras el trenecito seguía su inevitable camino, se precipitó un chubasco. Magda cerró rápidamente la ventanilla y sus lágrimas, de rendición y de cansancio, se sumaron a la lluvia exterior ¿por qué demonios había tenido que enamorarse a esas alturas de su vida? ¿Por qué demonios había tenido que decirle lo que le dijo, cuando ella no pensaba así? No. Ya sabía que Raúl estaba casado desde el mismo día que lo conoció, sabía que tenía una mujer y

dos hijos en Buenos Aires, y sobre todo sabía que ella no creía en exclusividades, ni quería estar atada a nadie. Ya había tenido oportunidad de comprobar lo que era un matrimonio, había ocupado diez años de su vida y no pensaba repetir nunca. Sin embargo oyó de su propia voz reclamar algo sino igual, si muy parecido...escoge: ella o yo. Y lo dicho, dicho está. Ahí quedaron sus palabras amargándoles el último encuentro.

Pasado el nubarrón un rotundo arco iris se instaló en el cielo. Ahora entraban en Osséja. Allí vivió un hermano de su padre, su tío Carlos, allí pasó de niña algunos cortos periodos de vacaciones ¿qué habría sido de la casa? Y pensando en casas, se dijo que en este viaje, sin falta, iría a Sitges a ver cómo estaba la casa de sus abuelos. Tenía dos casas a su cargo, como si fueran dos hijos gravosos y necesitados de cuidado: la casa de sus padres en Agde y la de sus abuelos en Sitges, las dos viejas pero firmes todavía, sin embargo su casa, la única propiedad que había tenido en su vida, la que fue su hogar, se quemó un año después de venderla tras el divorcio. Aquel incendio fue como una metáfora de su matrimonio, todo lo que habían construido quedó reducido a cenizas.

Ya estaba preparada en la plataforma cuando el tren se detuvo en Bourg-Madame, final de trayecto. La estación era una como una acogedora casa de arquitectura propia del Pirineo: tejas de pizarra negra y piedra viva, madera y flores multicolores en las macetas. El aire era limpiísimo, aunque ya podía irse despidiendo de tanta pureza, Barcelona tenía un alto grado de contaminación y con las miles de obras en marcha cada vez estaba peor. La estación se hallaba, exactamente, a un kilómetro ochocientos de Puigcerdá, eso decía el rótulo que señalaba la dirección. Dos taxis del pueblo, que esperaban en la puerta, se llenaron enseguida y aún quedaron pasajeros esperando que volvieran a recogerlos. Magda decidió ir andando. Lo necesitaba. Estaba acostumbrada al ejercicio físico y aquellas horas de inmovilidad le pesaban en los músculos. De buena gana se hubiera puesto a correr, si no fuera por la maleta y por el calzado, en fin, ya correría en Barcelona aunque se le llenaran los pulmones de polvo.

Eran unos pocos caminantes que ahora cruzaban un puente que conducía a la antigua frontera. Dos veces se acercaron a ella para preguntarle donde caía la estación del ferrocarril de Puigcerdá. Ella iría hasta Barcelona en autobús, ya estaba saturada de tren. Si los horarios se lo permitían, dejaría la maleta e iría a caminar por la orilla del lago. Treinta minutos a buen paso le sentarían de maravilla.

Por unos momentos gozó intensamente de su libertad: ella decidía. No tenía que consultar, ni discutir ni establecer pactos con nadie... Aunque tampoco tenía en quien apoyarse cuando estaba cansada, ni siquiera tenía a quien contarle las cosas corrientes o extraordinarias que le pasaban... ¡Uff!, que difícil era todo, pensó. En su trabajo había encontrado tantos niveles de necesidades que se había hecho una idea aproximada de cómo funcionaban los seres humanos: quien tenía hambre solo deseaba comer, quien estaba preso solo deseaba la libertad, quien no tenía afecto solo buscaba que alguien le quisiera, y cuando se tenía todo, cuando parecía que ya se reunían todas las condiciones para la felicidad, surgían las complejidades, las elecciones, los matices y los vericuetos. Estaba convencida de que los humanos caminaban en círculo detrás de una zanahoria que jamás podían alcanzar.

Cuando llegó a Puigcerdá entró en el primer bar que le salió al paso. Era un local inmenso, había tres futbolines de los cuales dos estaban ocupados, una mesa de billar sin jugadores con las bolas perfectamente ordenadas en un ángulo y una mesa de pin-pon donde dos adolescentes entretenían la mañana sin mucho entusiasmo. La barra quedaba muy lejos de la puerta. Al acercarse Magda percibió un intenso aroma a bollos recién horneados, los vio en una bandeja, ordenados formando una pirámide. Tenían un bonito color tostado y culminaban en una blanca nube de azúcar que, por efecto del calor, estaba desecho en parte. Después de mirarlos y olerlos se sintió saciada como si hubiera comido por lo menos tres y pidió solo un café doble. En cuanto llegara a Barcelona iría al banco, tenía que deshacerse de aquella famosa cuenta que se

empeñaban en abrir a su nombre... Aunque quizá sería mejor hablar primero con Raúl, tenía necesidad de contarle a alguien lo que le había sucedido... Lo tenía fresco en la memoria como si hubiera ocurrido ayer pero habían transcurrido ya seis, no, siete meses desde aquella madrugada. Eran casi las cinco y aún estaba completamente oscuro. Había dejado a su compañero de patrulla en su casa y ella volvía a Agde. Había sido una noche tranquila, incluso aburrida cuando de pronto los faros de su coche iluminaron en el asfalto de la carretera las huellas de una potente frenada, no tuvo más que mirar a la zona de los árboles para ver el coche que había golpeado contra un castaño. Tenía que haber pedido auxilio inmediatamente, pero su maldito sentido práctico la impulsó a bajar corriendo y acercarse al automóvil. Era un coche muy bueno y había aguantado bien el golpe. En el interior, un hombre que a la luz de la linterna le pareció ya mayor, chorreaba sangre desde varios puntos de su cara. Estaba consciente e incluso había podido reclinarsse hacia atrás después del impacto. Magda intentó localizar la procedencia de la sangre y se tranquilizó, tenía dos cortes en la zona de las cejas, no era nada importante aunque sí muy aparatoso.

El mismo herido accionó el botón para bajar la ventanilla y le pidió que le ayudara a salir. Hablaba francés con un fuerte acento extranjero. Toda su atención estaba puesta en manipular la puerta. “Salir”, “salir”, le dijo de pronto en español. Magda instintivamente cambió de idioma pensando que quizá podría facilitar la comunicación.

—No debe moverse, llamaré a una ambulancia.

—Por favor, no lo haga, sólo ayúdeme a salir. No creo que tenga nada roto —dijo en correcto español pero con el mismo acento extranjero con que hablaba francés.

Magda dudó un momento, había visto muchos accidentes y aquel hombre no le pareció que se encontrara en estado grave ni mucho menos. No había nadie más en el vehículo. Era un coche de alquiler. En la guantera, abierta por la fuerza del impacto, estaba la documentación de Budget Car. Con la ventanilla bajada sus dos rostros quedaban muy cerca y no olió en absoluto a alcohol. No estaba borracho.

—Quédese quieto, voy a llamar por radio —insistió.

Entonces una potente mano asió su muñeca y la linterna que sujetaba cayó al interior del vehículo. El hombre se la devolvió.

—¡Abra la maldita puerta de una vez!

El tono autoritario y la fuerza con que la había sujetado, acabó de convencerla de que se encontraba en buen estado.

No fue fácil abrir la puerta que se había curvado ligeramente con el choque, pero siguiendo las instrucciones del herido, hizo palanca con un bastón, una especie de *canne de combat*, que le indicó que buscara en el maletero. El hombre salió con infinitas precauciones y empezó a comprobar el estado de cada uno de sus huesos, parecía un monstruo con aquella lentitud y la sangre corriéndole por la cara. Era alto y muy delgado, con una abundante mata de pelo gris, ligeramente largo, que le daba un aire de artista. Llevaba un esmoquin con las solapas de satén y una corbata de rayas que no había alterado su correcta posición debido al ostentoso pasador que la sujetaba.

—Estoy bien. Nada roto. Deme un pañuelo por favor.

Magda fue al coche y volvió con una caja de pañuelos de papel. La sangre no paraba de manar, la camisa blanca ya estaba cambiando de color y las mangas de la chaqueta estaban totalmente mojadas.

—Necesito llamar por teléfono —le dijo a Magda.

—Vamos, le llevaré al hospital.

—No voy a ir a ningún hospital, solo lléveme a un teléfono, por favor —le dijo con firmeza.

—Esto es completamente anormal, debo llevarle al hospital, y dar cuenta del accidente.

—¿Acaso he cometido algún delito?, ¿he matado a alguien o he robado algo?, ¿he atropellado a alguien? Solo he fastidiado a este pobre árbol y no creo que vaya a denunciarme. Si quiere ayudarme lléveme a un teléfono, por favor.

Tenía razón, a excepción del árbol, el único perjudicado había sido él mismo. Estaban cerca de la vieja casa de sus padres a las afueras de Agde y Magda le llevó allí.

—Intentaré no manchar la tapicería de este coche propiedad del Estado Francés —le dijo más relajado cuando vio que se salía con la suya.

—No diga tonterías —respondió Magda un poco molesta y arrepentida de no haber hecho lo que debía.

Tan pronto llegaron a la casa, pensaba informar de lo ocurrido a los compañeros que habían tomado su relevo. Ni siquiera sabía su nombre. Tenía la premonición de que no se lo diría, pero aun así se lo preguntó.

—Dígame quién es, cómo se llama Es lo mínimo que debo saber ya que está usted en mi coche ¿no?

—Me llamo John Smith —le dijo el hombre—. No se preocupe, no voy a meterla en ningún lío. Enseguida me sacarán de aquí.

A Magda casi se le escapó una sonrisa ¡tenía cara aquel individuo decirle que se llamaba John Smith! Y sin darse cuenta empezó a sentir una corriente de simpatía hacia él.

No le dejó solo mientras hablaba por teléfono, al contrario, escuchó descaradamente la conversación que mantenía. Aunque le sirvió de poco. El supuesto John Smith hablaba en una lengua que a ella no le sonaba, de vez en cuando mezclaba algunas palabras en italiano y por esas pocas palabras y la entonación entendió más o menos que daba órdenes precisas. Después de colgar el teléfono se desplomó en el viejo sofá. Sin duda sentía dolor, el golpe se le estaba enfriando. Magda sintió compasión por él y le ofreció el único calmante que tenía a mano aunque él lo rechazó.

—Gracias pero ahora vendrá un médico. Comprenda que una aspirina no me servirá de mucho, aunque se lo agradezco.

La sangre parecía haberse detenido y las heridas de las cejas se veían claramente abiertas.

Magda intentó encontrar un poco de hielo en la nevera, para la hinchazón que se le estaba manifestando en la frente.

Enseguida llegaron dos coches. En uno venía un médico que entró apresuradamente con un maletín. En el otro venía un joven negro que la saludó con amabilidad.

—Bonsoir, madame —le dijo inclinando la cabeza.

El médico le inyectó un calmante que le hizo efecto casi de forma inmediata. Cuando estuvo más relajado, le limpió y le suturó las dos heridas y le puso sendos parches que dieron a su rostro un aspecto cómico. Entonces le exploró allí como estaba, tendido en el sofá, finalmente le pidió que se levantara y que hiciera una serie de movimientos.

—Tout va bien, monsieur. Ce n'est rien de grave —dijo el médico— y le dio al chico negro unas ampollas.

—C'est un calmant. Vous devez le prendre toutes les huit heures jusqu'à ce que la douleur disparaisse.

En cuanto el médico se fue el viejo Smith le dijo al chico.

—Antoine, vámonos, ya hemos molestado bastante a esa joven.

A Magda le hizo gracia que la llamara “joven” y no pudo menos que sonreír.

—Adiós, señor Smith —dijo poniendo toda la intención para que comprendiera que no se tragaba aquel nombre socorrido.

—Llámame “tío John”, pequeña —le dijo desde la puerta.

Aquella noche Magda solo descansó tres horas, en cuanto dieron las ocho fue al punto donde se había producido el accidente esperando encontrar el coche averiado y barajando

todavía la posibilidad de dar parte del accidente a pesar de las horas transcurridas. No había ni rastro del coche, tampoco se veían las llamativas huellas de frenado en el asfalto, ni siquiera el claro en la vegetación que había causado el vehículo cuando perdió el control. Había anotado la matrícula y desde la comisaría contactó con la oficina de alquiler. El BMW estaba a nombre de Antoine Genoom, de veinticinco años, natural de Senegal y con domicilio en Guinea...sin duda era Antoine, el chico negro que había venido a recogerle, el muchacho que llevaba cuatro pequeños aros blancos en la oreja izquierda, recordó de pronto.

Magda no le contó lo sucedido a nadie, ni siquiera a su compañero de patrulla, sabía que no había cumplido ninguno de los protocolos que dictaba el reglamento, pero eso le traía sin cuidado, no era demasiado adicta a los reglamentos. Evidentemente aquel hombre debía tener sus motivos para no dejar ni rastro del accidente... quizá algún asunto de faldas, o quién sabe qué. Estrictamente, aparte de llevarle al hospital o llamar a una ambulancia tampoco hubiera podido hacer nada más, no había observado nada sospechoso. Era todo un personaje el tío John pero finalmente no había causado el menor problema ni el menor gasto al Estado Francés como decía él. Y aquí hubiera acabado todo de no ser que, pasado un mes, la llamaron de un banco en Barcelona: había llegado una cantidad a su nombre y como no tenía cuenta abierta, le pedían que pasara a firmar una apertura. ¿Quién manda ese dinero?, preguntó Magda. Se negaron a darle esa información, solo logró saber que venía de Malta. Tampoco pudo sacarles la cantidad de dinero que era. Insistían en que solo podían informarla presencialmente, y ella, furiosa, les dijo que no esperaba ninguna cantidad de dinero y menos de Malta, que era un error y que lo devolvieran. También se negaron a eso. No. No iban a devolverlo hasta que hablaran con ella personalmente. Magda pensó que la cantidad no debía ser despreciable cuando el banco se resistía a devolverlo. Unos días después, de pronto, ató cabos, el idioma que hablaba el tío John ¿podía ser maltés? Antes de pensarlo siquiera, con la misma rapidez que un gato salta sobre un mueble, Magda estaba en la Biblioteca de Adge, consultó las características del idioma, le casaban dos variables: la mezcla de palabras en italiano y una ligera aspiración, similar a la árabe, con que hablaba tanto francés como castellano. El tío John, muy posiblemente, hablaba maltés, y si hablaba maltés quizá también residiera en Malta.

Nunca fue al banco a firmar nada, aunque puntualmente cada mes le recordaban que debía hacerlo.

Se lo contaría a Raúl, él sabría aconsejarla, al fin y al cabo era un empresario, sabría qué hacer. Quizá incluso la acompañaría al banco y lograrían mandarlos al cuerno de una vez.

Terminó el café de mejor humor. Se sentía aliviada de poder contarle a alguien lo ocurrido. Al fin y al cabo, si Raúl se avenía a sus pretensiones, sería algo así como su marido, alguien con quien compartir la cotidianidad de la vida...eso si se avenía, aunque si se negaba, ¿sería ella capaz de seguir compartiéndolo con otra mujer?

Fue en aquel momento, en aquella barra de un bar de pueblo, con el cansino bote de la pelota de pin-pon y el ruido seco de los futbolines en acción, cuando por fin creyó ver un poco de luz, y comprender el motivo de su tajante petición. Lo que realmente la hacía sufrir, más que la intermitente separación, era saber que hacía el amor con otra mujer, aunque fuera la suya y por eso, de una manera espontánea, le había conminado a elegir. Además “tenía un buen matrimonio” fue la única frase que dijo Raúl en aquella nefasta conversación. ¿Qué quería decir?, como mínimo que quería a su mujer o por lo menos que la había querido y lo peor de todo es que ella valoraba su sinceridad y prefería cien veces que le dijera la verdad a que se inventara cualquier historia extraña acerca de lo infeliz que era. Se arriesgó mucho Raúl al decir esta frase o quizá pensó que ella podría entenderlo y lo entendió, ¿acaso uno no se enamora de distintas personas durante la vida?... Pero el tiempo le confirmaba que a pesar de entenderlo no podía aceptarlo sin sufrir, y el sufrimiento es mala compañía para el amor, a la larga lo destiñe un poco.

Salió del bar. A pesar de que el pueblo era grande y bastante denso, podía verse sin esfuerzo el perfil de las montañas y detrás la luz del sol, era un paisaje simple y primitivo como son los sentimientos en realidad, por mucho que uno se esfuerce en revestirlos de complicaciones.

De fidelidad no habían hablado nunca, él jamás le había hecho ningún comentario. Ella tenía dos amigos desde hacía algunos años, casi desde que llegó a Agde. Eran dos buenos amigos, uno era polaco y el otro egipcio. Dos hombres especiales, con pasados llenos de avatares que les habían abocado a un trabajo apátrida y nómada: el transporte internacional. Los había conocido en el área de descanso para camioneros de Agde, en el bar, donde ella solía aterrizar después del servicio intentando relajarse un poco antes de acostarse. Es curioso, pensaba Magda mientras contemplaba el sol como ascendía tras las montañas, todos los hombres de su vida iban y venían constantemente. En cuanto sus dos amigos supieron de la existencia de Raúl tuvieron la delicadeza de no pedirle nunca más compartir su lecho, sólo que a veces ocurría y cuando ocurría, era porque ella sentía una gran añoranza o, últimamente, porque tenía necesidad de vengarse, tuvo que admitirlo, aunque no estaba demasiado orgullosa de dejarse llevar por unos sentimientos tan rastreros. Pero respecto a Raúl se sentía completamente pura y limpia, ella no quería a nadie más.

Pese a todas sus cavilaciones se sentía bien, la cafeína obraba milagros. Tenía muchos encargos para este viaje, muchas cosas que resolver y en este momento pensaba que después, después de resolverlo todo, sería feliz.

CAPÍTULO II

”¡Joder con la vieja!, ¿por qué tiene que entrar cada mañana en mi habitación como una fiera y tirar de la sábana como si todavía tuviera siete años?” Rafa intentó dar salida a su malhumor dándole patadas a una lata de Coca-Cola vacía que se le vino a los pies nada más bajar del autobús; en cuanto se internó en la zona de las obras, la lata aprovechó el último puntapié para desaparecer debajo de unos tablones amontonados. A falta de balón, se subió al primer bordillo que consiguió descubrir entre los cascotes y las malas hierbas y avanzó unos metros haciendo de equilibrista. Cuando más concentrado estaba en su difícil posición, alguien intentó arrebatarse el bocadillo que llevaba debajo del brazo.

—¡Vas a caerte, claval! —Dijo uno de sus compañeros.

Rafa ni se molestó en contestar. Rápidamente otros hombres que venían de distintos puntos se sumaron al grupo.

Rafa se quedó un poco atrás. Todos eran mayores que él y sus conversaciones y bromas habituales no le interesaban en absoluto.

—¡Eh! Estas máquinas no estaban aquí el sábado, pronto no podremos ni pasar.

—Menos mal que trabajamos en los rascacielos, y al menos podemos orientarnos que si no...

—¡Joder! ¡Cómo está todo!

Tenían razón, pensó Rafa, él estaba aburrido y harto de tener que inventarse cada día un itinerario nuevo para ir al mismo sitio.

—¡Rafa, ven por aquí, que cortamos camino!

Las obras estaban en ese punto en que parece que el caos ha llegado a la cima de su esplendor; todo estaba patas arriba en aquel nuevo barrio que llamaban La Villa Olímpica y los días se escurrían como la arena de un reloj. Barcelona tenía el compromiso de celebrar las próximas Olimpiadas y el nuevo barrio estaba destinado a ser la residencia de los atletas que vendrían de todo el mundo.

Al llegar al edificio Rafa se dispuso a esperar su turno para introducirse en el montacargas.

Tan pronto aquel esqueleto de hormigón y hierro alcanzó la planta diez, para llegar a su puesto de trabajo, los obreros empezaron a utilizar el montacargas. El ascenso era muy lento, pero más descansado.

El rudimentario artefacto constaba de una sencilla plataforma de madera, donde se apretujaban hasta el límite, y una barandilla de hierro.

—¡Rafa, entra tú, que pesas poco!

Rafa quedó encajado en una esquina clavándose la barandilla en los riñones. Entre varios rostros vio la cara de su tío en la otra punta. Le saludó con la cabeza porque no podía mover los brazos. “Ese sí que es buen hombre hasta me hubiera gustado que fuera mi padre”, pensó Rafa. Casi no recordaba a su padre, él era muy pequeño cuando murió y solo conservaba la imagen difusa de un hombre alto, delgaducho y calvo, que casi nunca lograba relacionar con las fotografías de estudio que se conservaban en casa. Aquel lazo de sangre le hizo reconciliarse mentalmente con su madre, se arrepintió de todos sus malos pensamientos hacia ella y empleó el resto del ascenso recordando lo bien que guisaba las albóndigas, las migas, la tarta de manzana...

Al final llegaron a su destino, la planta veintitrés del Hotel, una de las dos torres gemelas que levantaban en el barrio.

A las ocho en punto, el rumor profundo de las olas fue suplantado por las vibraciones de los compresores y los martillos hidráulicos, por los ahogos agónicos de los camiones que frenaban

continuamente, por el silbido de las sierras eléctricas. Las grúas iniciaron sus giros y los *dumpers*, aprovechando sus pequeñas dimensiones, se colaron por todas partes sumando un movimiento nervioso a la recién iniciada actividad.

Por el contrario, el trabajo entre los hombres de la planta veintitrés empezó de forma silenciosa. Los lunes siempre ocurría lo mismo, como si el fin de semana depositara los cuerpos y las mentes en otra galaxia: el regreso era lento y el aterrizaje no solía producirse hasta después del bocadillo.

Rafa estaba amodorrado, ni siquiera el fresco aire de septiembre lograba despejarle. Llevaba un rato con el jersey en la mano dudando entre ponérselo o no, entonces, en medio del estruendo general, distinguió los tres pitidos consecutivos que era la señal convenida para anunciar, desde la entrada, que mandaban algún material en el montacargas. Rafa se dispuso a recogerlo, sin embargo el montacargas se atascó antes de llegar. Esa avería era frecuente. Rafa sabía lo que tenía que hacer; sin embargo, optó por decírselo al encargado, sin ningún motivo especial, solo por el simple hecho de pasear su pereza.

—¡Pues baja, coño!, fue la respuesta que recibió.

—¡Joder! Acabaremos la obra y no lo habrán arreglado —comento Rafa para justificarse.

—¡Anda, Rafa, que ya sé que joder es lo que tú quisieras! —le respondió el capataz.

Refunfuñando, tiró el casco de cualquier manera y se precipitó a la escalera. Cada vez estaban a más altura. Se asomó al hueco y lanzó un silbido. El sonido se expandió rebotando en las paredes vacías. Apenas podía ver con exactitud el trazado y dimensiones de unos cinco o seis pisos, quizá siete; luego todo se embarullaba en un continuo de rayas y planos como un dibujo abstracto.

Estaba en el piso veintitrés y tenía que bajar al quince. Primero empezó a descender despacio. Los ruidos de arriba se iban amortiguando, y más abajo el silencio era total. Únicamente sus pasos retumbaban como un tam-tam indolente. Rafa percibió la cadencia de sus propias pisadas y se animó a establecer variaciones. Bajó algunos tramos en zig-zag, cambiando de música y permitiéndose toda clase de movimientos absurdos, nadie podía verle... Cuando notó dolor en las pantorrillas, probó a bajar rápido, dando pequeños saltitos. Después de haber descendido varios pisos, ya no era necesario pensar, sólo seguía el ritmo, como si bailara. De pronto, al emprender un nuevo tramo, observó algo que alteraba la monotonía: un rectángulo de plástico medio caído, mostraba una cascada de letras, “trece”, leyó Rafa torciendo la cabeza. Había bajado dos pisos de más. Bueno, ahora sí que se lo tomaría con calma. Se asomó a una de las habitaciones. El baño ya estaba terminado y a Rafa le pareció el lugar más lujoso que había visto en su vida. Fue hasta la ventana. La vista era formidable. Desde aquella altura, se veía perfectamente el trazado del barrio: el puerto, la zona de paseo, los bloques de pisos, la nueva vía rápida que se llamaría Ronda Litoral, hasta, agudizando la vista, se abarcaba la silueta del nuevo templo. Seguramente los grandes proyectos sólo pueden contemplarse con altura de miras, pero Rafa no estaba para estas consideraciones; la potente belleza del mar tiraba de su mirada, y el horizonte abierto le invitaba a fantasear... ¿Cómo sería pasar una noche allí con Sonia?

Cerca de él, apoyados en la pared, varios rollos de moqueta estaban de pie, sosteniéndose unos a otros, tocando casi al techo. Rafa de repente fue consciente que aquello se estaba acabando. Allí arriba, donde seguían levantando monótonos pisos, no se daban cuenta que otros se ocupaban de acicalar al gigante, y recordó, como si se tratara de un pasado lejanísimo, el día en que su tío le llevo a la obra. Recordaba perfectamente el cuartucho de ladrillos que entonces servía de oficina al capataz. Había una mesa y una silla de fórmica y el único adorno era un boceto que mostraba una torre muy alta, con unos brazos de hierro que la rodeaban como para ahogarla, o protegerla, no estaba muy claro. En la base, unos trazos azules daban idea de

mar. Él se quedó observando el dibujo mientras oía, distraído, la conversación que su tío mantenía con el capataz.

—Este es mi sobrino, ¿no te hacía falta un ayudante?

—Pues estupendo, ya tenemos la cuadrilla completa.

—Hay un problema. El chico no tiene la edad.

—¿No? Pues francamente, parece mayor.

—...Es por la calvicie, el chaval tiene lo que se llama una alopecia prematura pero le faltan seis meses para cumplir los dieciséis. No quiere estudiar y mi hermana teme que ande zanganeando por el barrio sin hacer nada.

—¿Y si viene un inspector?

—No te preocupes, Antonio, yo me hago responsable de él, no le quitaré ojo de encima, seis meses pasan volando, y además ¿tú crees que con las obras que hay en la ciudad van andarse con inspecciones?

—No sé qué de decirte...

—Pues nada, si no te decides, nos vamos a la obra de al lado, o a la otra de más allá. Yo te aseguro que en menos de una hora lo tengo colocado.

El personal andaba muy escaso y aquella insinuación fue decisiva. Rafa, de pronto, notó la poderosa mano del encargado en su hombro.

—Bienvenido muchacho, ya puedes venir el lunes.

Desde aquel lunes habían pasado unos dos años, calculó Rafa al tiempo que sacó del bolsillo un paquete de tabaco y buscó su encendedor. No lo encontraba. Le entró cierta ansiedad al darse cuenta de que estaba en el estómago del edificio completamente solo, ¿a quién podía pedir fuego? Tenía tres cigarrillos un poco arrugados; alisó uno y lo sujetó entre los labios humedeciendo el filtro, mientras insistía en la búsqueda. Encontró una caja de cerillas de propaganda en el fondo del bolsillo trasero del pantalón, ¡por fin podría fumar!, discoteca “Dawn Street”, decían unas letras plateadas sobre fondo rojo; abrió la solapa, y vio un nombre: Merche, junto a un número de teléfono; intentó recordarla. Merche, ¿quién era Merche? No le venía a la memoria, era igual, tampoco pensaba llamarla. Muy a su pesar tenía que admitir que todavía le gustaba Sonia y, además, no se la podía quitar de la cabeza desde el sábado que había tenido la mala suerte de encontrársela por el barrio.

—Hombre, Rafa, ya no saludas.

—No os había visto —dijo Rafa dirigiéndose a Sonia y Vane que le llamaban a gritos desde las escaleras del bar.

—Anda, siéntate un rato —le dijeron las chicas— haciéndole un hueco en los peldaños.

—Tengo prisa —titubeó Rafa y ante su indecisión, Sonia intentó darle conversación.

—Estás en la Villa, ¿no?, ¡qué suerte, todo el día en la playa!

—No te creas, está todo muy sucio y lleno de escombros —dijo Rafa—. ¿Cómo va por el Insti? —añadió con ganas de marcharse.

—A ésta bien —contesto Vane— es una empollona, pero yo lo dejo a final de curso y me pongo a trabajar.

Rafa cada vez se sentía más turbado por las piernas de Sonia que, desde su altura, veía hasta la mitad del muslo.

—¿Y los demás, y “el gordo”? —continuó Rafa nervioso.

—Todos en el Insti, menos tú y “el Gordo”, ya sabes que entró en el Super, ahora está ya de dependiente en la tocinería, ya ves los cerdos con los cerdos —dijo Vane soltando una carcajada.

—¡Qué bruta eres Vane! —dijo Sonia. Rafa era su amigo, siempre iban juntos ¿no te acuerdas?

Rafa se arrepintió al momento, ¿por qué había tenido que preguntar precisamente por “el gordo”? Indignado contra sí mismo echó un paso atrás dispuesto a marcharse.

—Bueno, Rafa, a ver si te vemos más el pelo —dijo Vane, con sibilina crueldad.

Aquel encuentro había sido muy desagradable, suerte que, en el último momento, le habían pedido un cigarrillo y él les había regalado el paquete que llevaba encima ¡qué se habían pensado! Él, desde que ganaba dinero, llevaba una vida casi de hombre. Los sábados, se introducía en el mundo mágico de las discotecas. Observaba a las mujeres como si fueran muñecas envueltas en aquella luz intermitente. Allí, protegido por la penumbra de la sala se sentía el rey. Solía entonarse con algunos cubatas y se calentaba con cualquier muchacha de su edad. Había llegado a ser un maestro en la materia, podía graduar la excitación a su gusto; después, en la intimidad de su habitación, la satisfacción de su deseo era total y solitaria.